

Farsa y Literatura

Es asombroso: raramente se observa una relación justa entre el valor intrínseco de la obra artística creada, y su eco en el corazón de ese "monstruo de mil cabezas", que dicen que es el público.

Esa hidra, que excede a la de la fábula, suele, en asuntos de preferencia artística, reducirse a una sola cabeza, una cabeza muchas veces informe, blanda, como una nube de gelatina. Los factores que deciden esta "unidad de criterio", raramente van más allá de lo accesorio, anecdótico, y, por qué no decirlo, bufonesco, en cualquiera de sus variadas formas.

Esos factores en juego, como es natural, nada tienen que ver con la obra de arte.

¿Quién puede decir en qué medida los pantalones de George Sand, y sus aventuras de frígida irremediable, influyeron en el éxito de sus novelas ya olvidadas? ¿Cuántas actitudes equívocas, relaciones inconfesables, dentro de ese mundo de adormidera sexual, dieron vida a tanto nasaiero prestigio?

Más que la obra misma, ante el gran público y el propio gremio, suele imponerse el individuo como papel transable en el mercado de los intereses y la intriga extraliteraria, extrartística, todo al precio, como es obvio, de su tarea fundamental.

Con miras al éxito, son contados los creadores que dan al arte otra interpretación que la de un "noble juego", que no es, a la postre, sino el juego innoble, la inevitable máscara del engaño. Y esto no es sólo encontrable en los sustratos de la expresión menor, sino en niveles aceptados como superiores.

A veces el juego se centra en la actitud personal, con un mayor o menor desborde hacia la propia obra. Pocos en nuestro tiempo han sacado mejor partido de la idiotez humana que Salvador Dalí, "el catalancito terrible", cuya terribilidad parece residir en sus mostachos, filudos como pitones, a los que añade mariposas de papel para darles la extensión que su genio requiere. Su "teatro" recorre desde la escritura de sus recuerdos "intrauterinos" hasta fotografiarse en el suelo en las más increíbles posturas. Dalí no es un imbécil. Gran dibujante y discreto pintor, ha hecho de la imbecilidad ajena una empresa próspera de la que es dueño y gerente. El propio Picasso, en su tránsito octogenario, no se resiste a pasearse en multicolores calzoncillos en las doradas y diletantes playas de la burguesía.

No ignoran el excelente interés que rinden algunas actitudes bufonescas en los "negocios del espíritu".

Los yankis han categorizado las formas de la banalidad en todas las escalas, desde "la pausa que refresca" hasta el montaje de los modernos evangelizadores que andan ha-

ciendo "milagros" en la tierra. Fabrican escritores, pintores, actores, como quien elabora salchichas para el mercado. Cien mil dólares bastan para transformár a una criatura cercana al cretinismo en un best-seller. En nuestros países pobres, donde las editoriales son incapaces de distraer cincuenta dólares para destacar un nombre nuevo, el problema converge a otros aspectos, a veces subterráneos y de inferior resonancia, con todo suficientes para estimular nuestra realidad.

No siempre es así.

Una escritora liquida un pleito a balazos, en un hotel elegante de Santiago. Escribe una novela basada en su experiencia carcelaria. El libro crea expectación. Es humano. Lo que no resulta humano es que un "ponderado" bribón de la crítica le escribiera un prólogo —él, que nunca escribe prólogos— cuando cuesta tanto que se baje de la tribuna de "El Mercurio". ¡Era una desgracia demasiado buena para no aprovecharla!

Quien más o quien menos se las maneja, "se administra", utilizando nuestro lenguaje burocrático. El tonto Antonio de Undurraga se ponía a llorar porque era incapaz de escribir un poema como el que escribiera cierto poeta nacional, que, aunque mediocre, le confirió celebridad repentina.

El medio nacional es demasiado angosto y casero para que abunden los papeles protagónicos. Pero el escandalillo, la pequeña y reiterada intriga, la lucha por jurados amigos, el complot en el seno de las sociedades más o menos literarias, la distribución de premios y castigos, el silencio intencionado o la actitud cómplice, la dulce y tierna mariconada, están siempre presentes.

Y llegan en misteriosas oleadas, anegando la existencia del creador solitario.

No siempre todo es burdo, y las cosas asumen otro formato. Los "recados literarios", los prólogos indiscriminados escritos para idiotas, la epístola galana bañada previamente en arsénico, las audiciones radiales llamadas "maestras", pobladas de gritos histéricos, son algunas de las múltiples formas que el uso ha sancionado y que gozan de general estímulo en "el mundo del arte".

¡Pobre de aquel que pretenda dar al arte toda su dignidad, y muestra en el rostro los estigmas de la lucha! Si no está dispuesto a realizar algunos "cubileteos", o a "muñequear", como dicen, en los templos societarios de la intelectualidad, a cambiar la dirección de sus hormonas, a transar de alguna manera, mejor es que se ate al cuello una piedra de tahona y se arroje a las profundas aguas. Pasará inadvertido ante sus contemporáneos.

Lo dicho no es mal endémico de nuestro país. La cocción de las habas es asunto cosmopolita y universal; obedece a causas concretas. Las analizaremos en día no lejano. Creemos, sin embargo, que América Latina constituye uno de los fermentos más vivos donde la flor del oportunismo se da con frecuencia aterradora. Nuestro deber de escritores chilenos es denunciar, combatir, erradicar los males que infectan la literatura de nuestra patria. Dura tarea.

A veces reconforta volver los ojos a los grandes escritores y artistas del pasado. A Cervantes, pobre, intransigente en su grandeza humana; a Van Gogh, terrible y serio, cercenando el magro pan para adquirir sus pomos de pintura; a Joyce, el gigante de Uli-

ses, que no podía salir a la calle porque tenía rotos sus pantalones; a Kafka, atormentado, cuya conciencia límpida y rigor estético pide que su obra genial sea destruida después de su muerte; a Von Kleist, que se suicida, convencido de la frustración de su obra; a Shelley, abismado en la faena creadora, maldito, solitario en Inglaterra.

Cuando uno compara esas vidas con el pillastrismo de tantos escritores y artistas latinoamericanos, empresarios ingeniosos de la "viveza", del "ingenio", ("tan español", dicen algunos), de la "picardía", reminiscencia de los pícaros de la novela española, de la "frescura", como es el caso del "dezagerao" vate dominicano, que detrás de él, puso en fila india a... Darío y a César Vallejo, sin que sepamos que se haya suicidado de vergüenza; cuando uno coteja, surgen no sólo los cuadros comparativos de dos conductas diferentes, sino que se desprende la convicción profunda de cuál es el verdadero, el único y ejemplar camino.

Esta podredumbre no es exclusiva de la burguesía en descomposición, sino, también, por desgracia, de una serie de artistas "revolucionarios" que, cómodamente sentados, reemplazan el humo de los grandes combates con el humo del aromático café, mientras se reajusta el mundo, y ellos confraternizan y ríen como juglares oficiales de la revolución.

Ellos también viven "su hora"; la gozan a su manera. Por primera vez tienen la posibilidad de escribir, porque, digámoslo con cruda franqueza, la burguesía tiene más rigurosos cánones estéticos que nuestros artistas "proletarios". Es natural: la burguesía, en el arte, ha pasado por un largo proceso de

decantación y duro trabajo. A los poetas "revolucionarios" les basta con retroceder al siglo diecinueve, o ir a los cementerios para escoger la chatarra que les convenga. Ni siquiera serán juzgados un día: habrán desaparecido junto a sus obras.

Mientras, continúan esgrimiendo la palabra "revolución", agitando su duro nombre como el "sésamo ábrete" de situaciones inmediatas; continuarán montando la farsa con nuevos bodrios, para levantar el nivel cultural de nuestro pueblo.

Son los usufructuarios oficiales y anticipados de esa revolución tan fácil de nombrar y tan difícil de hacer, y que ellos, desde el fondo de sus corazones, no desean que venga tan luego, aunque, probablemente, sólo la intuyen como una ardua abstracción o una fórmula remota.
